

Psicología social. Grupo, subjetividad y proyecto social

Mara Fuentes Ávila

Si a los científicos sociales se nos preguntara: ¿cuáles son los principales problemas que enfrenta la sociedad en la actualidad?, sería muy difícil dar una respuesta científica a tal pregunta, ya que el propio concepto de sociedad tiene un nivel de generalidad tal que nos obliga a precisar su alcance. No existe una sociedad en general sino diferentes formaciones económico-sociales en atención a las historias particulares de cada país y los niveles de desarrollo alcanzados en lo económico, social, político y cultural.

Desde esta realidad se generan, concientizan y resuelven no los problemas sociales sino sus problemas sociales. Esto supone que, para tratar de contestar esta pregunta se hace necesario hablar desde una singularidad a partir de la cual, estoy segura, podremos alcanzar una suerte de generalización en la medida en que nuestras inteligencias permitan que lo común sobrepase lo diverso y encontremos en nuestra diversidad todo lo que de común tenemos, que es, sin duda, la base de nuestra riqueza como científicos sociales pertenecientes a una zona geográfica que necesita hacerse más presente en el campo de las ideas.

Si regresamos a nuestra pregunta inicial, podemos darnos cuenta fácilmente de que la misma puede estar dirigida indistintamente a un clérigo, a un filósofo, a un economista, a un pedagogo, a un campesino, a un jurista, a un sociólogo, a un ama de casa; en fin a cualquier ser racional; y aunque pudiera ocurrir que las respuestas no fueran muy diferentes, la diferencia es inevitable.

Esto nos conduce al problema de los límites de la profesión en el enfoque, abarque y capacidad de respuesta frente a las demandas sociales que enfrentamos.

En el caso concreto del problema que nos ocupa pienso que la mirada del psicólogo debe apartarse de toda orientación que considere la sociedad como una entidad estática, cerrada, acabada; algo así como una suerte de «variable independiente» generadora de cosas buenas, y así hablamos de bienestar social, o malas, y entonces hablamos de problemas sociales.

En este enfoque aparece la sociedad como una categoría omnipotente, sobrevalorada; conducente, llevada a grados extremos, a una concepción fatalista y ahistórica de los procesos sociales.

¿Qué está ausente en esta forma de analizar los problemas? El hombre. Sin embargo, no se trata de recordar simplemente la mera presencia de los individuos concretos que corporalmente constituyen una sociedad. Por eso, yo diría que más que hablar del hombre, del individuo, de la persona, que son categorías que se utilizan también en la filosofía y la sociología cuando se analiza la relación individuo-sociedad, los psicólogos estamos obligados a hablar del aspecto subjetivo que subyace en toda formación social. Nuestra mirada debe orientarse al momento del sujeto como actor principal del escenario social.

Y he aquí que, desde mi punto de vista, nuestro problema de marras posee una expresión concreta para los psicólogos sociales: ¿cuáles son los recursos socio-psicológicos que actualizan los miembros de una determinada sociedad para mantenerla unida en el enfrentamiento de sus principales problemas? Sin pretender agotar este tema intentaré, desde mi respuesta, presentar algunas reflexiones acerca de la relación subjetividad-proyecto social que ubico como el tema que más hemos de tratar en la actualidad los psicólogos sociales.

El hecho de que la sociedad sea concebida como un todo dinámico implica no sólo la necesaria distinción entre el individuo y la sociedad, lo que es evidente, sino también su inseparabilidad, que no lo es tanto.

La sociedad y el individuo son inseparables porque, en primer lugar, la inserción en la sociedad exige que el individuo posea una identidad que le permita entrar en determinadas relaciones sociales y una capacidad para abarcar estas relaciones y sus posibilidades. En segundo lugar, porque las condiciones de la sociedad penetran hasta el propio centro de la individualidad construyendo una subjetividad atravesada permanentemente por una pertenencia social particular.

La unidad de una sociedad debe ser visualizada por los psicólogos, en el plano de la subjetividad, y específicamente de la subjetividad colectiva, a través de los sistemas de valores instituidos e instituyentes; actuando los primeros con un carácter consolidador y reproductor, y los segundos en calidad de portadores de nuevas producciones de sentido.

Estos sistemas valorativos se concretizan en cada

uno de los niveles de inserción del hombre en la sociedad, a saber: interpersonal, grupal, institucional y comunitario; los que resultan ser, por lo tanto, niveles «productores» de subjetividad.

El desarrollo de la subjetividad aparece, pues, desde mi punto de vista, asociado indisolublemente a las particularidades del recorrido vital de cada hombre en los diferentes contextos sociales en los que de manera inmediata transcurre su vida. En otras palabras, sólo desde una comprensión del proceso de inserción e interacción del hombre en la sociedad y los recursos de comunicación, integración e influencia que se actualizan en cada uno de los niveles en que se concretiza esta inserción social es que lograremos aprehender lo esencial de este proceso permanente.

Este análisis, que de manera alguna constituye un hecho descriptivo, debe realizarse sobre la base del presupuesto filosófico de que el hombre no asimila simplemente la experiencia social, sino que la transforma en valores, disposiciones y orientaciones propias. El individuo, al aceptar la experiencia social no de forma directa, sino transformada en su propio sistema valorativo y conceptual, está marcando en la sociedad, a través de su actividad, su propia existencia. Es por esta razón que no existe otra forma de asimilación de la realidad que la de su transformación activa, y es por ello que concibo al hombre tanto como un producto de las relaciones sociales dadas en las condiciones de una sociedad concreta, como un sujeto portador de estas relaciones y miembro activo de la sociedad a la que pertenece.

Con esto estoy queriendo subrayar que la pertenencia del hombre a una determinada sociedad no presupone la existencia de una determinación automática, simplificada, rectilínea de su conciencia individual. Teniendo en cuenta su vida y vivencias inmediatas, la vida de cada hombre transcurre a lo largo de un recorrido vital por diferentes grupos e instituciones y en contextos sociales específicos.

En cada uno de los distintos niveles de inserción social se concretizan, de manera particular, las características de la relación subjetividad-proyecto social, en el sentido de que en ellos cada persona recibe, de manera simultánea, toda la presencia social que de manera singular le resulta su realidad inmediata, y a la vez, en estos mismos niveles, cada miembro de la sociedad, de manera individual o colectiva, ofrece una presencia en la que, inevitablemente, devolverá su reflejo particular o grupal de los sistemas más generales de influencia que recibe.

Quisiera, en este nivel de análisis, introducir una reflexión que, aunque parte de los presupuestos anteriormente planteados (que entiendo como premisas generales en la conceptualización del problema) está dirigida a aquellos aspectos movilizados del desarrollo de la subjetividad.

En este sentido creo que se hace fundamental establecer los ámbitos principales de construcción y desarrollo de la subjetividad que asocio directamente con la

escuela y la familia como privilegiados espacios socializadores de la personalidad, y las diferentes instituciones en que se fraguan las individualidades que, en una permanente relación dialéctica instituido-instituyente, reproducen sus mecanismos de perpetuación y, a la vez, inevitablemente, los van transformando en la medida en que las fuerzas instituyentes se abren camino en las grietas de lo instituido.

En tal sentido, las instituciones sociales «producen» individuos, los cuales, a su vez, desde la particularidad de su subjetividad, están en condiciones tanto de sostener y reproducir dicha sociedad, como de transformarla. La permanencia y continuidad de las instituciones de una sociedad es una consecuencia no solamente de las condiciones materiales y económicas sino, básicamente, del entretendido sociopsicológico que logren establecer alrededor de un sistema de valores comunes.

La acción de las instituciones sobre sus miembros puede ser armónica o asimétrica en la medida en que el conjunto de ellas funcione como un sistema coordinado donde se concrete, dadas las singularidades y desde su particular, un proyecto social común; o como un conglomerado, donde cada una actúa como un todo que se consume en sí mismo siendo, por lo tanto, imperfecto.

Así pues, las instituciones socializadoras de la personalidad, por ejemplo, serán visualizadas por el psicólogo, a partir de su funcionamiento en un marco social determinado, bien en tanto un sistema coherente, articulado o como un conjunto de espacios físicos donde se realiza una actividad común. Como consecuencia, será entendido el desarrollo de su potencial para ejercer un efecto sociopsicológico de conjunto sobre la personalidad.

Otro aspecto a considerar en el funcionamiento institucional es el rol que se concede al sujeto. El proceso de socialización, al interno de estas instituciones, debe atribuirle un papel activo al joven en este proceso, es decir, el joven no puede ser visto como objeto del proceso de socialización sino como sujeto activo del mismo, de lo contrario, el proceso de socialización pierde su verdadera esencia y se convierte, más que en un proceso de formación, en uno de control social.

De lo anteriormente expuesto, podemos derivar el hecho de que los psicólogos estamos frente a la tarea de perfeccionar los mecanismos a través de los cuales se favorece la relación de correspondencia entre el proyecto social y el proyecto individual; ya que partimos de la consideración teórica de que no hay proyecto social que pueda ser alcanzado ni llevado a vías de éxito si los hombres, que son los encargados de ejecutarlos, no lo incorporan, en diferentes medidas a sus proyectos individuales de vida.

Todo proyecto social atraviesa una subjetividad particular desde la cual se evalúan las metas y propósitos que el proyecto contiene. Las metas sociales tienen un nivel de formulación general, pero su alcance particular, la forma en que resulte movilizada eficiente-

mente en los distintos niveles en que se concretiza la inserción social de cada individualidad, será consecuencia de la particularidad que asuma la apropiación individual o colectiva que de ella se haga.

Es por ello que los psicólogos sociales debemos potenciar los recursos de comunicación, integración e influencia que se actualizan a nivel interpersonal, grupal, institucional y comunitario. Este trabajo demanda el establecimiento de una serie de concepciones teóricas y derivaciones metodológicas que pasan, inevitablemente, por un análisis multideterminado de la relación subjetividad-grupalidad y su inserción en un ambiente socio-político-económico determinado.

La emergencia de la grupalidad no debe ser entendida como un proceso que ocurre a despecho del desarrollo de la individualidad. Tratar de establecer una relación de contraposición entre el individuo y el grupo, así como entre el individuo y la sociedad, es la inevitable consecuencia de abordar el tema desde un enfoque mecanicista. Es un error analizar cualesquiera de estas relaciones como una dicotomía metafísica que los convierte en contrarios irreconciliables y, por lo tanto, inútiles.

La fuerza y potencialidad del individuo, el grupo y la sociedad sólo será aprehendida en su real dimensión si entendemos que constituyen tres polos de una relación dialéctica que les permite un permanente intercambio en, y a través del cual, se actualizarán las relaciones de influencia e interinfluencia que potencian.

La subjetividad, entendida como una construcción particular que se erige como producto de una permanente interpenetración de lo individual, lo grupal y lo social, debe ser hoy, más que nunca, punto de partida y referente permanente en el trabajo de la Psicología en particular y de las Ciencias Sociales en general.

Esta concepción tiende no solamente a ubicar el necesario contexto para la correcta indagación psicológica, sino que se convierte en herramienta metodológica indispensable para aquellos científicos que nos planteemos trabajar la psicología en una perspectiva no contemplativa/descriptiva, sino interventiva/modificadora, de cara al desarrollo personal, grupal, comunitario, institucional y social.

¿Cómo potenciar el vínculo individuo-sociedad?
 ¿Cuáles son las barreras subjetivas y objetivas que obstaculizan la integración del hombre a su medio y el surgimiento de la subjetividad a la que aspiramos?

Es inevitable asociar estas preguntas al grupo pequeño, entendido como uno de los ámbitos principales de construcción y desarrollo de la subjetividad y, por lo tanto, como un privilegiado espacio socializador en el cual cada ciudadano recibe una particular influencia social, comunitaria, institucional e interpersonal, y donde, a la vez, devuelve su reflejo particular de la misma.

Los grupos no son lo grupal. Por eso, en nuestro enfoque diferenciamos la utilización del grupo como contexto, del espacio grupal, ya que en el primer caso se trabaja «en el grupo», mientras que en el segundo se

trabaja «desde el grupo». Nuestra preocupación es, por lo tanto, más epistémica que óptica.

El espacio grupal no es una realidad cerrada; es una construcción sociopsicológica que se hace visible desde las particularidades de su dinámica cuya lectura se hace necesaria para entender sus procesos de desarrollo. Lugar por excelencia de génesis y transformación, resignifica el lugar de «lo grupal» en un doble movimiento teórico: el trabajo sobre sus especificidades y su articulación con las múltiples inscripciones que lo atraviesan.

Al hablar del grupo como lugar de génesis y transformación no quisiera que estos aspectos fuesen entendidos como dos momentos desligados, escalonados, como si se estuviera pensando en un orden de determinaciones o en una suerte de tensión entre ambos. Estamos en el campo de los procesos grupales, donde, desde una permanente interpenetración de lo social, lo grupal y lo individual, se posibilita la creación de un espacio peculiar, que resulta un lugar operativo de transformación social. Es evidente que no estoy hablando de un espacio físico, sino de un espacio que se erige desde el vínculo intersubjetivo atravesado por lo social, lo institucional, lo histórico: el espacio grupal.